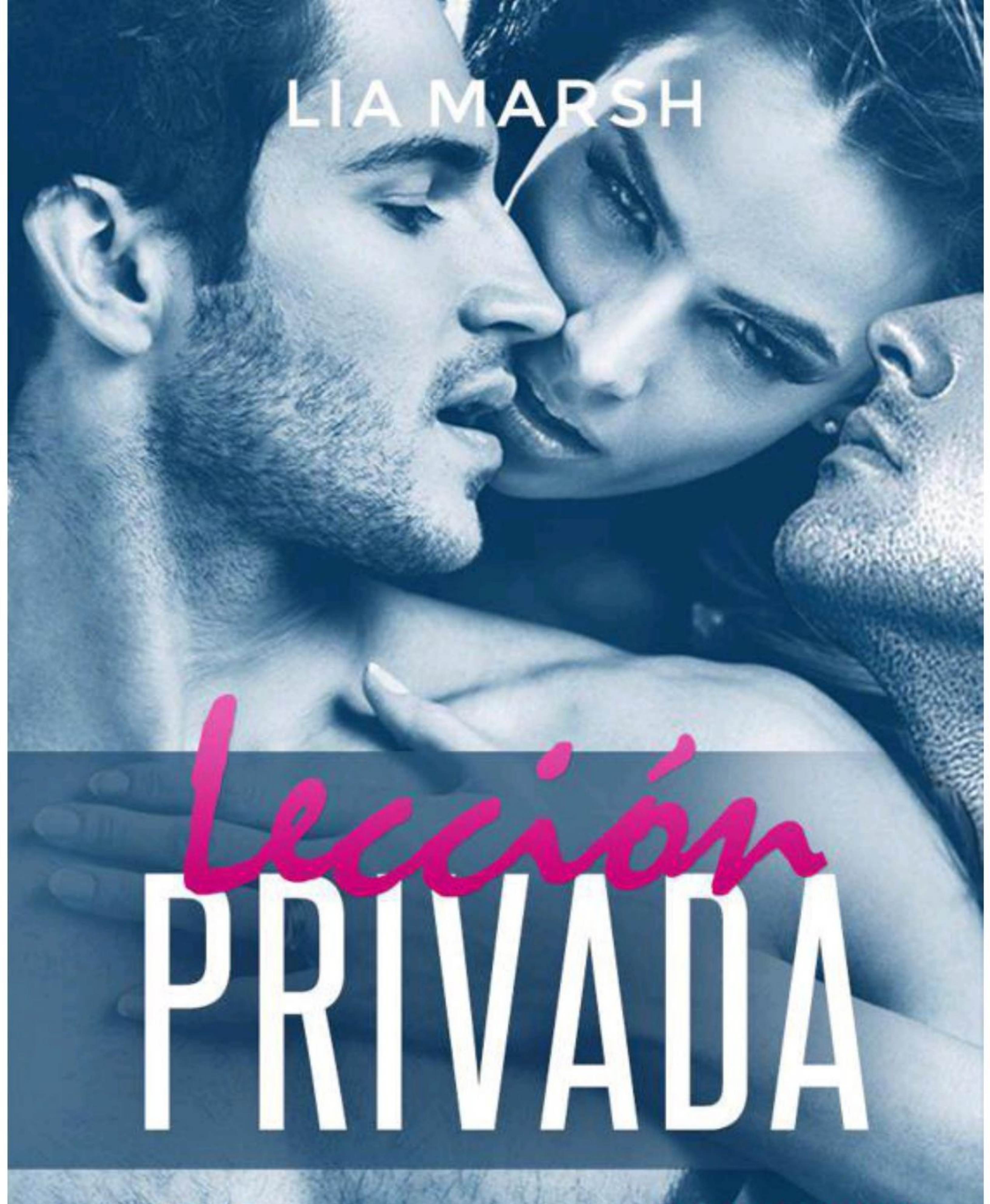
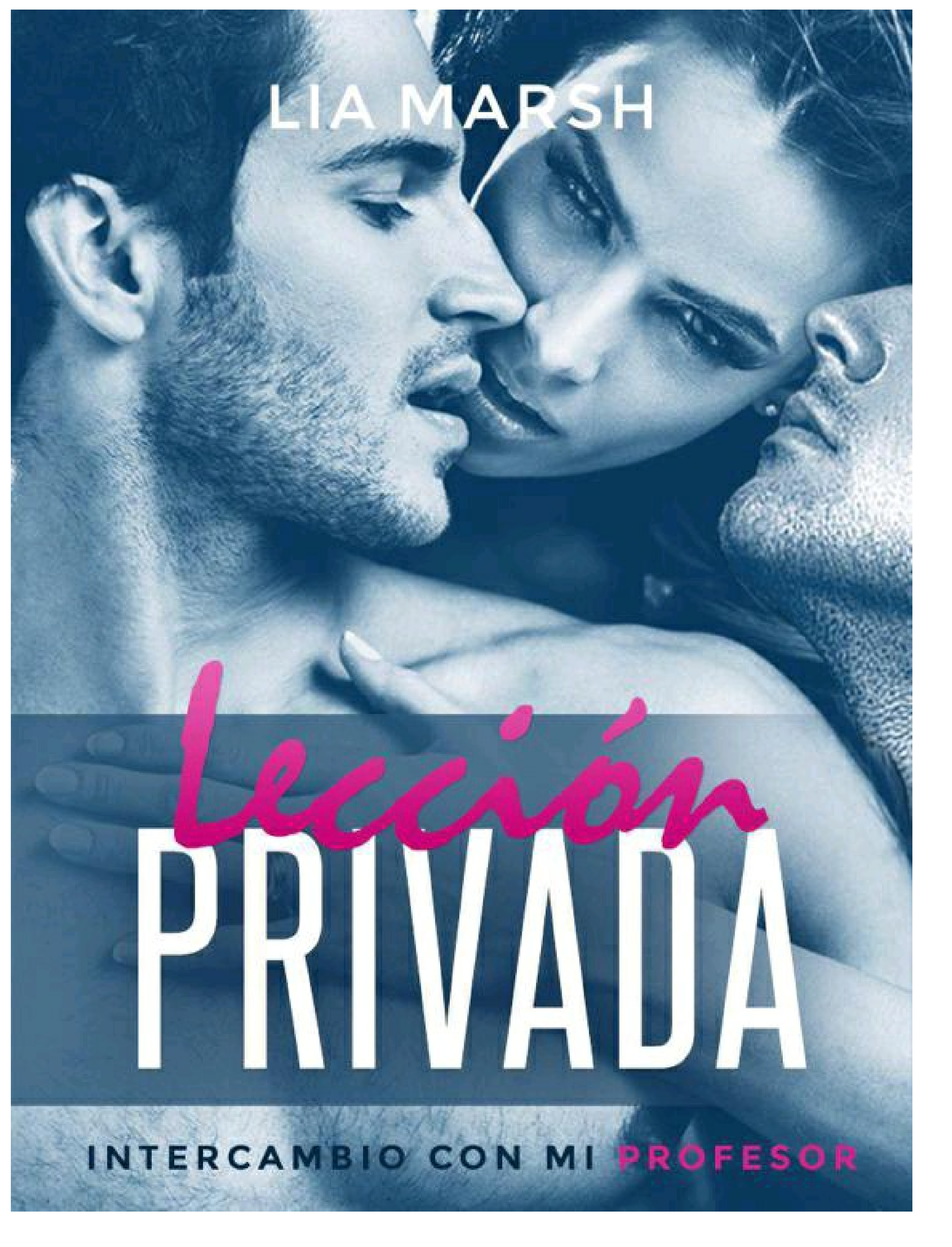


LIA MARSH
Lección
PRIVADA
INTERCAMBIO CON MI PROFESOR



Lección Privada:

Intercambio con mi profesor.

por Lia Marsh

Capítulo 1: Tentación

Fue una auténtica descarga de adrenalina. Un gemido de deseo brotó de sus labios, mientras sus curvas se arqueaban contra el cuerpo desnudo del profesor. A el le gustaba provocarla y justo cuando estaba apunto de explotar se apartaba con una pérfida sonrisa. Sus lenguas jugueteaban para ver quién dominaba a la otra, aunque ambos sabían perfectamente quién era el verdadero ganador de todos sus juegos.

Ella era toda suya.

Lo fue desde el primer momento en que rozó sus labios, con avidez y desenfreno. Un grito de liberación había ido acumulándose en su interior desde el momento en que él la había tirado encima de la cama. Todo su cuerpo comenzaba a estremecerse, se agitaba y temblaba al sentir cómo sus labios iban descendiendo por él.

*****

La alarma del despertador atronó en su oído y la sacó de golpe de su fantasía. Su cuerpo se había quedado frustrado, como si realmente hubiera experimentado todo lo ocurrido en su sueño.

Apoyó su rubia cabellera sobre la almohada e intentó relajar sus tensos músculos. Sintió como Paul se movía a su lado.

Durante esos cinco años, su novio Paul siempre fue el protagonista de todos y cada uno de sus sueños. Ella se solía despertar, se giraba hasta ponerse encima de él y comenzaba a recrear todo lo que había soñado. Era su particular forma de empezar el día. Pero, ya no era lo mismo… ya no era la cabeza rubia de su novio la que descendía por su cuerpo en medio de la noche, sino la de aquel cabello negro rizado de un hombre fuera del ambiente estudiantil de la Universidad de Montclair .

No era Paul el que conseguía que su cuerpo se contorsionara de aquella manera, sino las fantasías

que tenía con el hombre que menos le convenía. El profesor de Literatura de su universidad.

Así no era como se suponía que tenían que ir las cosas. Laura no era precisamente una persona muy atrevida. De hecho, le costó casi seis meses de citas, cenas y rosas, antes de invitar a Paul a que pasara la noche con ella. Se había criado en una familia muy conservadora y esto caló tan hondo en esta rubia que, pese a intentarlo con ganas, no podía quitarse esa férrea moral de encima.

Laura sabía perfectamente que la mayor parte de las chicas de su generación estaban más abiertas a experimentar en su sexualidad, a cambiar a menudo de pareja e incluso a experimentar sensaciones nuevas. Pero, a Laura le faltaba valor… y experiencia.

En sus sueños eróticos, en cambio, se sentía muy a gusto, mucho mas de lo que Laura jamás se sintió. No temía a nada ni a nadie. Era apasionada y sexy. La versión idealizada de la típica rubia que obtiene todo lo que quiere. Incluso, ya despierta, Laura era consciente de que deseaba con locura a ese hombre, al Profesor Alexander Harmon.

“Buenos días, cariño” dijo Paul con su áspera voz, sacándola de sus tentadores pensamientos y arrastrándola a la gris realidad, mientras la miraba con ternura.

Ella sabía que sus ojos no le devolvían la misma cantidad de devoción que desprendían los de Paul cuando la miraba y esto le provocaba un nudo en el estómago.

“Buenos días” murmuró la rubia, forzándose a sí misma en salir de la cama.

“Perdona, pero llegaré tarde a clase”

Una excusa patética. Aún le quedaba casi una hora para salir pero ese era un tiempo valiosísimo para arreglarse y ponerse lo más guapa posible. No es que necesitara arreglarse mucho, era una mujer de belleza clásica, atractiva, pero ese tiempo extra que le dedicaba a su arreglo personal, la hacía sentirse más segura para entrar en la clase de Alex.

Se ducho rápido y pocos minutos después estaba frente al espejo del baño. Sus rizos, aún húmedos después de la ducha, apenas se enroscaban alrededor de su ovalado rostro. Sus enormes ojos verdes le devolvían la mirada frente al espejo. Sus largas pestañas, se volvían más largas aún si cabe tras

maquillarlas. Su nariz era pequeña y ligeramente respingona en la punta. Sus labios poseían un arco definido y sus pómulos eran menos marcados de lo que suelen ser. A sus veintitrés años, Laura sabía que, sin maquillaje, podía aparentar dieciocho.

Tenia el proceso de maquillaje más que perfeccionado. Primero se rizaba las pestañas, después se delineaba con khol negro los ojos. Definía sus pómulos con polvos de sol y luego daba un ligero toque de colorete en tono rosado justo en el centro, lo que la hacía parecer siempre sonrosada. Una ligera pasada de pintalabios rosa añadía aún más color a sus jugosos labios. Secaba su pelo perfectamente para que cayera alrededor de su cara de manera angelical.

Era sencilla a la hora de vestir. No quería parecer excesivamente arreglada para ir a una simple clase en la facultad. Su falda, justo por encima de la rodilla, dejaba ligeramente entrever una pequeña parte del muslo cuando se movía. Su suéter azul resaltaba sus ojos, y se ajustaba a su cuerpo de una manera que le daba un aire tremendamente sexy.

Solo con saber que iba a ver a Álex, sentía como las mariposas se le alborotaban en el estómago. No importaba que no fuera lo correcto, esa deliciosa sensación previa parecía que la irradiaba por los poros de su piel. El corazón se le aceleraba, se le entrecortaba la respiración solo con pensar que iba a estar en la misma habitación que él.

Tenía la esperanza de que un café para llevar de camino a la facultad le serviría para espabilarse y para despejar la mente de esos deliciosos pensamientos impuros. Sin embargo, lo único que consiguió la cafeína es que Laura se alterara y reviviera la última parte de su sueño. Permanecía ahí sentada, analizando la manera en la que ese hombre la hacía sentir; la forma en que sus manos recorrían su cuerpo y cómo la hacían gemir cómo una indefensa niña pequeña. Laura nunca se había sentido así.

De pie, con su colorete rosa, Laura intentaba calmarse. Asumía que su vida siempre sería tal y como lo era ahora. Ella y Paul, juntos para siempre. Así fue como la enseñaron; ella tenía la aprobación de su familia y él contaba con la aprobación de su padre.

La gente iba entrando en clase hasta que Laura, se dio cuenta de que el aula estaba completamente llena, y el único asiento que quedaba libre era uno justo en la primera fila; la saliva se le atragantó del pánico mientras se dirigía a su asiento.

Su falda se le levantaba ligeramente mientras descendía por los escalones del aula, hasta llegar a la zona delantera. Sentía como si miles de ojos estuvieran posados sobre ella. Se veía a sí misma como el foco de atención, como si todos los allí presentes supieran cuáles eran sus verdaderos sentimientos por el señor Harmon. Trataba de no mantener contacto visual alguno con su recién adquirida obsesión.

Seguía con la mirada clavada en el suelo, fijada en sus pequeños zapatos cuando se apresuró a sentarse en el último asiento libre. Cuando dejó sus libros en la mesa una sombra la cubrió, obligándola a alzar la vista. Vio que era Alexander. Estaba sonriéndole. Su embriagador perfume se colaba por su nariz – una mezcla de whisky y loción para el afeitado. Sus profundos ojos azules la examinaban de arriba abajo como si estuvieran juzgando su apariencia.

“Gracias por acompañarnos.” Justo el momento que escuchó esa voz volvió a aquel momento de éxtasis total. Su corazón latía con fuerza, parecía que se le iba a salir del pecho. Sentía que si hacía el menor movimiento, se iba a quedar sin aliento.Laura intentó articular algún tipo de palabra pero, lo único que consiguió, fue esbozar una media sonrisa y asentir. Su cara tenía el mismo tono sonrosado que sus mejillas.

La chica de su derecha la miró y sonrió.

“Como iba diciendo…” continuó Alex mientras se alejaba.

Laura por fin respiró aliviada, no podía creer cómo la había hecho sentir simplemente con estar ahí, frente a ella, y con solo dirigirle unas pocas palabras. Sabía que una simple mirada a Alexander, bastaba para revivir el momento en el que él le arrancaba su pequeña falda y la inclinaba sobre su mesa.

“Pues bien, y eso es todo por hoy, recuerden que el lunes tienen que entregar un relato libre con la

palabra ‘tentación’. Buen fin de semana a todos.” dijo el profesor mientras guardaba sus libros en su maletín.

De pronto, todo el mundo estaba en pie. Lauro miró a su alrededor y no entendía lo rápido que habían pasado los cuarenta minutos de clase ensimismada en sus pensamientos acerca de las diferentes formas en las que el señor Harmon podría satisfacerla.

Anotó la palabra ‘tentación’ en un trozo de papel, lo dobló y lo guardó en el bolsillo de su abrigo azul.

‘Tentación’, eso era lo único que había escrito durante toda la clase… automáticamente empezó a plantearse si quizás esa atracción era un tanto obsesiva. Se preguntó a sí misma si era algo normal. En el fondo estaba algo avergonzada; apretaba firmemente los libros contra su pecho: No podía evitar pensar que había hecho el ridículo delante de Alexander. Era la primera vez que se dirigía a ella. La primera vez que su sonrisa iba dirigida a su sonrosada cara y, la primera vez, que ella había tenido que hacer un esfuerzo monumental para poder articular palabras. Se sentía impotente. Una víctima de sus propios deseos. Sin embargo, una parte de ella le encantaba sentirse así. Alexander ahora, sabía que existía. Ella suponía que era la primera vez que él la había visto. Esto hizo que caminara más ligera hacia el coche.

Laura se tomó un momento junto a la puerta de su coche para autocastigarse por sus pensamientos impuros con Alexander. Permanecía de pie discutiendo con ella misma, intentando cambiar sus sentimientos. Ese sentimiento de culpa jamás lo había tenido. Era como si estuviera siéndole infiel a Paul, aunque tan solo era en su mente. Una sola pregunta le seguía rondando la cabeza:

¿Era lo correcto?

¿Debía asumir que era natural para una mujer como ella, sentirse atraída por un hombre como Alexander? Había sido criada “como dios manda”, como su familia solía decir. Alexander iba en contra de lo que le habían enseñado. En el fondo sabía que debía mantenerse alejada de él.

Intentó poner sus pensamientos maléficos a un lado y abrió la puerta del coche; al despertar de sus

cavilaciones, dejó caer las llaves al suelo. Al agacharse, se percató de que una de sus ruedas se le había pinchado. Era una de esas mañanas tremendamente calurosas en las que, cuarenta minutos a pie de vuelta a casa, se te pueden hacer eternos. Aunque se encontraba a gusto consigo misma y estaba arreglada como para salir de fiesta, a Laura no le apetecía, en absoluto, pasarse cuarenta minutos inmersa en sus propios pensamientos, mientras caminaba de vuelta a casa, para volver junto a un hombre al que se avergonzaba de mirar a la cara.

"¿Algún problema?" Esa voz cortante y profunda la golpeó, como si de un relámpago se tratase. Laura pegó un respingo y dejó caer todas sus cosas al suelo.

Lo supo al instante; lo sabía y se sentía como si no pudiese mover un solo músculo de su cuerpo. Laura se seguía preguntando a sí misma por qué le estaba ocurriendo eso. Era como si una fuerza invisible los intentara unir. Todo su cuerpo estaba en tensión. Le costaba respirar. Le costaba mantenerse en pie.

Venía en su ayuda y veía como se acercaba por el rabillo del ojo. El olor a whisky que desprendía su chaqueta y esas manos grandes, de hombre, que se apresuraron a ayudarla a recoger sus libros del suelo. El corazón de Laura volvió a latir, de la misma forma desenfrenada que lo había hecho en clase. Ella estaba inmóvil por una mezcla de sentimientos, de nerviosismo y deseo. Era como si el destino hubiera querido unirlos, o al menos eso es lo que ella quería creer.

Ambos se levantaron y Alexander le entregó los libros que se le habían caído, Laura permaneció con la vista en el suelo y, de sus temblorosos labios salió un "Gracias." Tímido, delicado, inocente y puro. Se sentía como una colegiala de nuevo, una niña que se pone roja como un tomate cuando un chico le dice algo.

"¿Te puedo ayudar en algo?" dijo Alexander dedicándole una vez más aquella sonrisa que ella reconoció al momento. Era como si supiera exactamente lo que ella había soñado la noche anterior. Como si supiera que lo que ella de verdad quería era rodearlo con sus piernas en aquel preciso lugar y dejar que se la follara contra el coche. Laura por fin levantó la cabeza, lo miró a sus profundos ojos

oscuros y se atrevió a devolverle una media sonrisa.

“Se me ha pinchado una rueda.” Inmediatamente toda su atención se centró en el coche; se puso de cuclillas y le echó un vistazo a la rueda. Laura no pudo evitar morderse el labio inferior al ver como aquellas grandes manos del señor Harmon apretaban la rueda desinflada. Deseaba sentir esas manos sobre su cuerpo, sentir como la agarraban suavemente del cuello mientras se la follaba.

Cuando Alexander se volvió a poner en pie, Laura inmediatamente bajó la mirada. Su mente constantemente le recordaba que debía calmarse y le traía recuerdos del dulce Paul, al que había dejado plantado aquella mañana.

“Te llevaré en mi coche. Es imposible arreglar esto sin una rueda de recambio.” Laura no podía creer lo que estaba oyendo. Alexander se estaba ofreciendo a llevarla en su coche. Su estado de ansiedad se mezcló con excitación. Era una situación que ya había recreado en su imaginación miles de veces. Una fantasía donde ella con decisión se le insinuaba. Pero aquella chica de sus sueños no era la verdadera Laura. Ella jamás lo haría – ¿o tal vez sí?

Ambos se metieron en el coche; la mezcla de olores de whisky y tabaco era aún más fuerte que en su ropa. Laura vio, sin querer, que había una revista guarra a los pies del asiento del copiloto. Fingió no percatarse de que tenía desplegada la imagen de una mujer desnuda. A Alexander parecía no importarle; cerró su puerta, echó un vistazo a la chica sonrojada, que se aferraba a sus libros, y encendió un cigarillo. Pisó el acelerador a fondo, antes de que Laura se abrochara el cinturón.

Laura se sentó bien erguida. Apretaba los libros contra su pecho y trataba con todas sus fuerzas de no emitir ningún sonido; incluso controlaba el sonido de su respiración. Mientras, Alexander conducía con una mano al volante y otra sujetando el cigarillo por fuera de la ventana. De vez en cuando le daba una calada y giraba la cabeza para soltar el humo. Subió el volumen de la música. Sonaba Smells Like Teen Spirit de Nirvana pero Laura no tenía ni idea. Obvio. Ella había sido criada entre música clásica y ópera.

Apoyó la cabeza e intentó ponerse cómoda. Estaba agotada, y solo eran las doce. Podía sentir la

carga de su angustioso estado emocional. Pero no tenía la menor intención de hablar con el hombre al que ni tan siquiera se atrevía a mirar y, con los nervios, cerró los ojos un instante…

Y ahí estaban otra vez. Podía sentir como su lengua se deslizaba bruscamente por su piel, obligándola a que de su boca escaparan gemidos y jadeos. Su cuerpo se estremecía de gusto ante el hombre que deseaba más que a nada en el mundo. Alexander parecía sentirse satisfecho con la reacción de Laura. Rasgó el pequeño abrigo azul de y los botones saltaron al suelo mientras ella sujetaba lo que quedaba de tela– estaba nerviosa pero, sabía que eso era exactamente lo ella que quería.

Cuando el profesor se apartó para admirar su cuerpo, una decidida Laura se quitó el abrigo y casi a la vez, el sujetador. Ahí estaba ella con sus con sus pechos y pezones erectos apuntando hacia aquel hombre mayor – lo deseaba, lo necesitaba.

De pronto, sus manos comenzaron a recorrer su cuerpo; Laura inclinó la cabeza hacia atrás para dejar que los labios de Alexander fueran deslizándose desde su cuello hasta su pecho. Luego le acompañaron sus manos. Con un rápido movimiento, pellizcó con sus labios la punta del erecto pezón y comenzó a juguetear con su lengua. Esto hizo que Laura gritara de placer. Quería más– ya no la embargaba el miedo, ni los nervios. Sabía que eso era lo que quería. Lo había deseado tanto. Deseaba que su profesor la llevara al clímax. Ya nada más importaba; Ella tenía lo que quería e iba a disfrutarlo hasta el final.

Sintió como la empujaba hacia atrás. Sus rodillas se curvaron en el borde de la cama y dejó caer la espalda sobre las sedosas sábanas. No hizo ninguna pregunta; Tan solo le importaba que por fin estaba con él. Las manos de Alexander acariciaban sus piernas y se metían bajo su falda,

Sentía como introducía sus dedos en su coñito depilado, separó aún más sus piernas mientras él jugaba con su sexo, antes de meterle otro dedo, lo que hizo que los ojos de Laura se llenaran de lágrimas; era muy bueno, el mejor.

Su mano comenzó a moverse cada vez más rápido. La respiración de Laura se entrecortaba. Notaba

que estaba a punto – una sensación de euforia estaba a punto de desatarse. Gemía, jadeaba para que aquel hombre terminara lo que había empezado y la dejara chorreando de gusto. Lo ansiaba, lo deseaba, lo necesitaba – comenzó a sentirlo, estaba a punto del clímax. Ya casi estaba.

“Laura.” La voz de Alexander la sacudió como un rayo y la arrastró al asiento del coche. Se despertó tremendamente excitada y sonrojada; cruzó las piernas y limpió los rastros de baba de su mentón.

“Creo que hemos llegado; Vi tu dirección escrita en uno de tus libros.” Laura de inmediato giró la cabeza y era evidente que aquella era su casa y la de Paul. Aún aturdida y algo confusa tras su sueño, sonrió al señor Harmon, abrió la puerta del coche, cogió sus cosas y salió de aquel coche tan rápido como pudo.

“Gracias,” se agachó para decirle justo cuando él también le iba a decir algo.

“Estás muy guapa cuando duermes.” Esas palabras crujieron en su interior. La excitaron. La confundieron; Laura se puso aún más nerviosa en ese preciso instante que durante todo el día. Una explosión de mariposas y de adrenalina se desató en su interior y, al dar un paso atrás, Alexander alargó el brazo para cerrar la puerta y arrancó– no tuvo tiempo ni de responderle.

Laura sentía que sus piernas le iban a fallar en cualquier momento; quería derrumbarse. Un millón de cosas le pasaron por la cabeza– ¿qué quiso decir?, ¿Por qué lo dijo? ¿Quizás existia la posibilidad de que Alexander sintiera lo mismo por ella? De alguna manera, esto la entusiasmaba más de lo que la confundía; estaba tan feliz que se había olvidado del que había sido su novio durante cinco años.

Se dirigió directamente al salón, se encontró a Paul, que la recibió con una sonrisa en la cara–

“Buenas tardes.” Paul la saludó con una sonrisa en la cara; esa sonrisa que significaba que le tenía una sorpresa preparada. pasó de él al instante y se dirigió a la cocina. Paul la siguió y comenzó a preguntarse qué le sucedía; sabía cuándo ella lo intentaba evitar, pero no tenía ni la menor idea de cuál era la causa. Ella nunca había tenido ojos para otro que no fuera él y él nunca tuvo la menor duda, hasta aquel momento.

Laura encontró entre sus libros el pedazo de papel en el que había escrito la palabra ‘tentación’ – el

tema de la redacción que debía escribir el fin de semana y con la que pretendía impresionar a su profesor. Pensó para sus adentros que aquella era la ocasión ideal para confesarle su atracción hacia él. Podía escribir cada palabra que Alexander había metido en su cabeza y, si se lo tomaba a mal, tenía la excusa de que era tan solo ficción, y punto.

“Laura, ¿me estás escuchando?, ¿sabes que día es hoy?” De pronto, la voz de Paul le retumbó en los oídos; sacándola de aquellos pensamientos.

“Tú, yo y una cena a la luz de las velas. En una habitación de hotel, con flores, champán, de todo. ¡Anímate! dace siglos que no salimos juntos...”

Parecía que al final sí que tenía planeado algo. Sin embargo, a Laura solo le interesaba la redacción y lo único en lo que pensaba era en que esa cena interfería en sus planes.

“Yo también tengo cosas que hacer.” Una vez más pasaba de su novio y de sus intentos por hacer algo juntos.

“¿Qué es lo que te pasa?!” gritó Paul. Había perdido la paciencia con ella y además estaba cada vez más preocupado por su relación. Ya llevaban juntos cinco años y nunca le había escondido nada, ni se había comportado de aquella manera.

Laura vio el miedo en los ojos de Paul, veía que algo los separaba. Se dio cuenta de que su nueva obsesión estaba acabando con su relación. Un sentimiento de culpabilidad la embargó. Dejó el papel sobre la mesa, se acercó a su novio le dio un beso en la mejilla y sujetó sus temblorosas manos para tranquilizarlas. Era consciente de que no podría seguir así durante más tiempo; no era sano para ninguno de los dos.

“Lo siento. Tu plan me parece perfecto” dijo Laura de forma cariñosa. Lo abrazó e intentó bloquear cualquier pensamiento sobre Alexander. Sabía que Paul valía la pena; tanto como para no estropearlo. Su obsesión con su profesor era solo lujuria, pero lo que tenía con Paul era amor; un amor que no quería perder.

Aunque se sentía culpable, aún estaba mojada tras el sueño que había tenido en el coche de

Alexander. Se pegó a Paul para intentar ponerlo cachondo. Restregaba su corta falda contra su entrepierna, y le mordisqueaba suavemente la oreja; se mostraba divertida y juguetona. A él siempre le había encantado verla reír. Le parecía encantadora cuando se comportaba así. Casi al instante, Paul se empalmó. Puede que no fuera Alexander pero eso no quería decir que no pudiera recrear sus fantasías con el.

Ambos se dirigieron al dormitorio. Paul se aseguró de haberle desabrochado la falda y el sujetador incluso antes de abrir la puerta de la habitación. Igualmente, Laura se encargó de quitarle la camisa. Automáticamente se puso de rodillas, mirando al que había sido su novio durante cinco años. Paul estaba ahí, de pie, esperando a que su novia hiciera lo que había hecho muchas veces – Laura siempre fue buena con la boca.

Le desabrochó los pantalones y sacó su miembro duro y erecto. Él gemía mientras ella lamia su punta y jugaba a darse golpecitos con la polla llena de saliva en su cara. Eso le encantaba. Las manos de Paul acariciaban la cabellera rubia de Laura mientras disimuladamente la guiaba hábilmente hacia su polla. Acto seguido se la metió de golpe en su boca y ella empezó a chupar como una autentica puta. Aunque los gemidos eran de Paul ella imaginaba que se la chupaba a Alexander, le miraba con ojos de deseo mientras se la chupaba pero en realidad estaba viendo a su profesor. Incluso podía oler a whisky y tabaco. Esa fragancia la ponía aún mas cachonda…

Laura se estaba comportando como en su sueños. Se sentía cómoda con Paul así que podía recrear sus fantasías con él.

Paul seguía gimiendo de lo bien que lo estaba haciendo Laura. Solo se apartaba para sacudírsela enérgicamente; se comportaba de manera brusca. Paul nunca había estado tan excitado. Ella siguió de rodillas, ahora se la sacudía con la mano; ella veía como las piernas de su novio empezaban a temblar y como su cara cada vez se ponía más roja. Paró un momento y se puso en pie.

Lo besaba para tranquilizarlo ya que estuvo a punto de corrérsele en la cara; quería que aguantara un poco más– su fantasía no acababa ahí.

Laura lo agarró y lo tiró en la cama. Se quitó las bragas pero se dejó la falda puesta. Era tal y como ella hubiera querido que pasara con Alexander; Se subió sobre Paul. Su miembro aún estaba húmedo por su saliva así que se deslizó en su interior sin problemas. Laura gimió de placer cuando comenzó a cabalgar sobre el. Agitaba los brazos y pedía a gritos, más y más, mientras lo follaba.

Se desprendió de su sujetador, y lo lanzó junto al resto de la ropa. Se movía de arriba a abajo y sus pechos botaban con ella. El colchón hacía ruido. Paul gemía de gusto. Una vez más, cerró los ojos y vio a Alexander. Sentía su palpitante polla mientras lo cabalgaba; podía oírlo, olerlo, saborearlo. La sentía dentro de ella.

Estaba a punto. Esa euforia que está deseando salir. "Alex…" Laura paró de golpe cuando empezó a gritar su nombre; afortunadamente, los jadeos de Paul taparon su error. De pronto, se volvió a sentir culpable, pero ya era demasiado tarde.

Laura gimió al llegar al orgasmo; se había corrido de gusto solo con pensar en su profesor. Paul también estaba corriéndose dentro de ella. Laura se dejó caer sobre su pecho, jadeando, intentaba recuperar la respiración. Él se acercó a ella y la besó en la frente. Se suponía que debía estar agotada, que debía acurrucarse junto a su novio pero, todo lo contrario. Aún estaba cachonda. Algo dentro de ella había cambiado. El sentimiento de culpa había desaparecido. Ella se paró a pensar – ¿Por qué algo tan bueno, iba a ser malo? No era la explicación más lógica pero, la hizo sentir mucho mejor.

Paul se dio media vuelta y se quedó dormido. A Laura aún le quedaban energías, así que se dio una ducha fría y se fue con su portátil a la cocina, lista para empezar su historia.

Durante las siguientes veinticuatro horas, no hizo nada más que beber café, darse una corta siesta y arreglarse frente al espejo con el típico vestidito rojo, que casi todas las mujeres tienen. Iba a hacer lo posible porque Paul se sintiera bien. Después de la magnifica sesión de sexo de ayer cualquier duda que él tuviera había desaparecido de un plumazo. A Laura le ocurría todo lo contrario, cada vez que lo miraba, deseaba que fuera Alexander el que estuviera ahí. Laura seguía preguntándose si

aquello era normal o si era una obsesión.

Tuvo que bloquear estos pensamientos mientras comenzaba a bajar por las escaleras para reunirse con Paul, que estaba ahí con su sonrisa. Hoy hacían cinco años. Cinco años desde que estuvieron juntos por primera vez y lo único que ella tenía en mente era lo que Alexander pensaría de su redacción.

Laura decidió escribir una parte y dejar el resto para el domingo, quería dedicar ese fin de semana a su novio. Le gustaba la idea de ir a un restaurante caro y que la trataran como a una princesa durante las próximas cuarenta y ocho horas. También deseaba que llegara el lunes para poder ver a Alexander; estaba ansiosa pero, por ahora, iba a mostrar su lado de niña buena, cojería a su novio de la mano y disfrutarían de la gran cena que habían planeado.

Laura había marcado sus rizos rubios para que cayeran sobre sus hombros; se le movían al caminar mientras se dirigían al taxi. Habían decidido tomar unas copas y pasar la noche en un hotel, así que no necesitaban el coche. Además, Laura aún no había arreglado el suyo.

Cogidos de la mano, la pareja entró en el restaurante más caro de todo Seattle. Paul era de esas personas de clase media que tiene contactos por todas partes, ese tipo de persona al que le basta con una simple llamada, para conseguir una mesa en cualquier restaurante.

Los dos se sentaron. Las mesas eran más altas de lo normal. Tenía un mantel blanco aterciopelado y ella contó cuatro cuchillos y tenedores diferentes a cada lado. Se había criado en ese ambiente. Sin embargo, aunque era un lugar bonito y, se suponía que era un regalo, Laura encontraba el lugar algo monótono.

“¿Recuerdas nuestra primera cita? ¿Recuerdas lo mal que acabó?” Paul se reía recordando viejos tiempos.

Laura venía de una familia profundamente religiosa y de derechas que tenía una reputación que cuidar dentro de la comunidad. A medida que Laura se iba haciendo mayor y más despreocupada, su particular forma de revelarse era saliendo con Paul, al que su padre no aprobaba; básicamente, salía

con él por fastidiar a su padre.

Ambos tenían dieciocho años y acababan de salir del instituto. Un día, consiguieron que les sirvieran alcohol en un restaurante; Ella estaba tan emocionada por ser la primera vez que lo probaba, que tomó mas de la cuenta y llegó a casa con una borrachera terrible. Sus padres le habían insistido que llegara a las once a casa.

Cuando su padre abrió la puerta, enseguida detectó el olor a alcohol. Inmediatamente llamo a los padres de Paul. Sin embargo, Laura confesó que todo había sido idea suya y que fue Paul el que cuidó de ella. A partir de ese momento, hubo un acercamiento entre las familias.

“Mi padre se enfadó tanto; ¿cuánto tiempo pasó antes de que nos volviera dejar a salir juntos?”

“Semanas.” A partir de aquel incidente, cada vez que la madre de Paul servía una copa, recalcaba que eran bebidas sin alcohol, lo cual les hacía partirse de risa.

Laura estaba a gusto. Era lo que necesitaba. Sentía como se disipaban aquellos maléficos pensamientos, a la vez que aumentaba su afecto por su novio. Era encantador, guapo y habían vivido muchas cosas juntos. Era lo que ella quería– Se mostró divertida, se reía, estaba disfrutando de la velada. Alexander era tan solo un recuerdo– o eso era lo que ella creía.

Justo cuando empezaban las risas, con la segunda o tercera copa – lo vio.

Por un momento imaginó que se levantaba de su asiento y se dirigía hacia él. Apartaría los cubiertos de su mesa y se tumbaría sobre ella. Le suplicaría que se bajara la cremallera. Se levantaría el vestido para sentir su polla rozando contra su diminuto tanga rojo. Lo apartaría y se la metería hasta el fondo haciéndola gritar de placer. Ella permanecería allí, pidiendo más y más. Deseaba sentir su dulce jugo en su interior. No podía borrar esos pensamientos, ya eran parte de ella, y lo sabía. Deseaba estar con su profesor, que la consumiera de placer, que sus labios devoraran sus pechos y succionaran sus erectos pezones. Deseaba que sus grandes manos se deslizaran por sus muslos hasta sumergirse en su coño. Que la sujetara por el pelo, mientras se la chupaba. Quería que la sujetara de las caderas mientras la inclinaba sobre la mesa del aula y se la follaba como a una puta.

Laura lo deseaba y ya no valía la pena negarlo.

“¿Laura?” Al oír a Paul volvió a la realidad.

Alexander estaba en pie, cuando se fijó en una chica rubia y delgada que se acercaba a el, lo besó en la mejilla y se sentó frente a él. Llevaba una faldita muy corta y un top negro super ajustado. Estaba muy maquillada o eso le pareció a Laura desde donde ella estaba. Laura pensó quizás, aquella chica era su hermana o simplemente una amiga, pero todos sus pensamientos se esfumaron de golpe, cuando Alexander se levantó, se acercó a la chica y le plantó un beso en los labios.

Laura suspiró decepcionada al ver como su profesor le estaba metiendo la lengua hasta el fondo a aquella rubia.

“¿Te ocurre algo?” Paul se percató del cambio de actitud en Laura, hacía rato que no le hacía ni caso. Estaba loca de celos y se le notaba.

Al ver que su novio se estaba mosqueando, lo miró con una sonrisa fingida. “Necesito ir al baño; creo que el vino se me ha subido a la cabeza.” Fue directa al baño. Caminaba deprisa, sin cruzar la mirada con Alexander que aún no la había visto. Se miró al espejo y extendió sus brazos bajo el grifo; su corazón latía con rabia. Cada vez latía más rápido y de pronto, la embargo un sentimiento de confusión y tristeza.

Laura sabía que era ridículo. Era consciente de que Alexander no era suyo, pero eso no significaba que le gustara verlo con esa rubia. Procuro relajarse recordando que era su cena de aniversario y justo cuando se dirigía a salir por la puerta, apareció la rubia, pasó por delante suyo y se dirigió directamente al espejo.

Como no, iba a maquillarse, buscó en su diminuto bolso y sacó un pintalabios. Definitivamente aquella chica parecía una actriz porno.

Cuando la chica se agacho para recoger el bolso del suelo Laura se percató de que no llevaba nada debajo de la falda; ver eso fue demasiado para ella; ya tenía claro el tipo de hombre que era Alexander y, aun así, lo seguía deseando. Se dio cuenta de que la única forma que tenía de conseguir

acercarse a aquel hombre era comportándose como la mujer que tenía en frente.

“¿Quieres?” La rubia intercambió una mirada con Laura al sentirse observada. Laura tenía su vista clavada en el trasero de la chica que lo dejaba a la vista al acercarse al espejo para maquillarse. Por eso, cuando la chica le preguntó aquello, Laura no sabía si se refería al lápiz de labio o a su trasero– tan solo se apresuró a negar con la cabeza y rápidamente salió del baño.

Al salir se dirigió a la mesa de Alexander y lo vio hablando con Paul. Ella se había olvidado por completo de que ambos se habían visto varias veces en la facultad, ya que Paul pasaba a menudo a recogerla – él le hizo una señal para que se acercara y de pronto el nerviosismo la invadió. El hombre que ella más deseaba estaba ahí hablando con su novio – aquello tenía que ser una pesadilla.

“Me fijé que tu coche seguía donde lo dejaste así que aparqué el mío junto al tuyo. Pensarán que eres una profesora y así podrás dejarlo allí todo el fin de semana.” Su cortante y profunda voz entraba por sus oídos y bajaba por sus muslos. Laura estaba ahí sonriendo a Alexander, sin saber qué decir ni qué hacer.

“¿Qué amable, no?” dijo Paul.

Al final llegó la rubia del baño y cuando los camareros vieron que las dos parejas estaban en pie, rápidamente les dispusieron una mesa para cuatro, a lo que Alexander no puso ninguna pega. Ella nunca hubiera imaginado que Alexander quisiera compartir mesa con ella y su novio, pero lo cierto es que Laura no sabía mucho sobre él. Era todo un misterio para ella, quizás por eso le resultaba tan atractivo.

La velada fue bastante bien. Conversaban de una manera relajada y jovial, para ser la primera vez que se reunían. Incluso, quien los viera, podría creer que eran viejos amigos. Laura observaba como se le iba cayendo la máscara a Alexander; iba viendo como era él realmente. Pero esto no disminuía su atractivo. Ahora la ponía más cachonda que nunca.

“Eres muy gracioso.” La rubia cuyo nombre resultó ser “bunny”, según Alexander, se reía de todo lo que Paul decía. Alexander por su parte estaba relajado y la conversación entre los 4 cada vez tomaba

mas complicidad.

“¿Os apetecería venir a una fiesta privada?” dijo Alex con voz firme pero animada. Laura no entendía bien a lo que Alexander se refería con “privada”, pero estaba deseando averiguarlo.

Paul miraba a “bunny” y luego a su novia, que a su vez, tenía la vista fijada en Alexander; no estaba muy seguro de lo que estaba pasando allí, pero también quería saber qué pretendía Alex.

“¿Qué tipo de fiesta?” dijo Paul. Todo empezaba a sonarle muy estraño. Tanta amabilidad, que se sentaran juntos sin conocerse apenas. Le comenzó a picar la curiosidad.

“Es una fiesta de alto standing para parejas que buscan algo diferente, fuera de la rutina de su vida. De su vida sexual.” Paul pegó un respingo en la silla. Se refería a un club de intercambio.

Mientras Paul intentaba buscar una excusa, Laura no podía quitarle la vista a Alex de encima. Por fin tenia la oportunidad de sacar a la Laura decidida y sin prejuicios de sus sueños. Por fin podría ser la mujer que soñaba ser. Por primera vez, pudo hablar con él mirándole a los ojos.

“Acepto.” Dijo mientras agarraba la mano de su novio. Él la miró y creyó entenderlo todo. Puede que eso fuera lo que su pareja necesitaba. Recordó su primera cita, lo felices que eran y la primera vez que Laura se saltó las normas. Ahora podía ver en ella aquella misma mirada. O estaba con ella, o contra ella. Así que, por el bien de su relación tenía que aceptar; no estaba muy convencido pero tenía que saber lo que ella estaba pensando.

“Iremos.”

Laura no podía creer en donde se acababa de meter. Al verse reflejada en el espejo del baño, no reconoció a la mujer que estaba viendo. Veía el vestidito rojo que se le ajustaba como un guante a su cuerpo, su rubio cabello ondulado para la ocasión, y sus jugosos labios rosas, que ahora llevaba pintados de rojo pasión. Pero ella seguía preguntándose quién era la chica del espejo.

Cuando salió de su aislamiento en el baño y entró en la habitación doble que Paul había reservado para el fin de semana, se sintió tremendamente culpable. Era su quinto aniversario y ella acababa de aceptar ir a un club de intercambio de parejas, porque el hombre que la había invitado era el mismo

por el que se había sentido atraída desde el primer momento en que lo vio. Era su profesor. Fumaba, bebía…Sin embargo, ella era todo lo contrario. Había sido educada para ser una chica como dios manda, católica y de buen corazón. Pero todo lo pecaminoso de su estilo de vida la atraía.

La mente de Laura sufrió un bombardeo de hipótesis “Y si…y si…” La imagen del miembro viril de Alexander entre sus piernas y sus gemidos de placer. Su fornido pecho frotándose contra el suyo. Sus pechos quedarían al descubierto cuando le rasgara la ropa. Sus ojos se llenarían de lágrimas cuando la penetrara con su potente miembro y seguramente, gritaría de dolor como si fuera su primera vez. Gritaría, gemiría y seguiría pidiendo más y más mientras él rozaba su zona más sensible con la punta de su miembro. La haría suplicar más. La haría someterse y gritar que era toda suya y que podía hacer con ella lo que quisiese. Eso es lo que ocupaba su mente, y la excitaba más que nada. Estaba lista para aquella noche. De hecho, hacía ya tiempo que lo estaba.

Paul suspiró cuando la vio. Se había tomado más molestias en arreglarse para ir a ese club, que para celebrar su aniversario. Intentaba averiguar qué es lo él no conseguía darle, que quería buscarlo en otro. La amaba, se preocupaba por ella, estuvo siempre ahí cuando ella lo necesitó pero parece que a ella no le bastaba. Estuvieron en silencio durante un rato, hasta que Paul se levantó y la miró decepcionado.

“Es por él, por Alexander.” Al oir el nombre, el corazón de Laura empezó a latir con fuerza, Lo notaba en sus costillas. Ya no servía de nada negarlo – quería que Alex la hiciera suya.

Miraba al hombre con el que siempre había estado y con el que siempre había querido estar. Ya estaba acostumbrada a tener ese sentimiento de culpa así que, aunque hubiera sido descubierta su obsesión, no tenía intención de disculparse o de arrepentirse. Respiró hondo. Suspiró. Se sentó al borde de la cama, agachó la cabeza y miró su vestidito rojo y su escote; deseaba eso como hacía tiempo que no deseaba nada.

“¿Me odias?” No se le ocurrió otra cosa major que decir. Solo tenía en mente a Alexander y, aunque no lo dijese en voz alta, lo que sintiera Paul pasaba a un segundo plano.

Sin saber qué decir, Paul se dirigió a la puerta y cogió su chaqueta. Llevaba la misma chaqueta que durante la cena. Lo que más le dolió fue ver el esfuerzo que Laura se había tomada por ir allí. Dentro de él, albergaba la esperanza de que, al llegar a aquel club, Laura echaría un vistazo, se daría media vuelta y se marcharían de allí juntos, de la mano y más unidos que nunca. Pero al verla con aquel vestido y recién maquillada, con ese nerviosismo fruto de la excitación, Paul sabía que estaba decidida a hacerlo, y él la apoyaría también en eso.

“Dijeron que debíamos estar allí después de las once – será mejor que vayamos saliendo.” Era su particular forma de demostrarle a Laura que él podía perdonarla por aquello, y se acordó de la rubia que estaba con Alexander. Pensó que si esa era la oportunidad de Laura de divertirse un rato, él también tenía el mismo derecho.

Se sorprendieron cuando, a la salida, una limusina estaba esperándoles. No se dirigieron la palabra en el ascensor que compartieron con otra pareja, que se besaba de manera descarada frente a ellos. Una parte de Paul creía que si dejaba que Laura se desahogara así por la frustración que sentía, quizás a la larga, esto salvaría su relación y no acabarían odiándose por haber desperdiciado su vida.

Cuando entraron en la limusina, Laura se giró para comprobar si Paul hacía algún gesto de afecto. No era su intención ser desagradable, pero el pobre hombre estaba lidiando una lucha de principios en su interior; ambos habían sido educados para estar en contra de todo aquello y, aunque Laura había intentado alejarse del camino, Paul casi nunca lo intentó. Se sintió un poco dolida cuando su novio entró sin esperarla ni dirigirle la palabra. Laura se tomó un momento, suspiró, se colocó bien el vestido y siguió a Paul. Iba a pasar por todo aquello sin importarle las consecuencias. Tan solo esperaba que Paul algún día pudiese perdonarla.

Cuando Laura tomó asiento, ya Paul estaba abriendo la botella de champán que había encontrado a su lado. En la limusina se vieron obligados a sentarse frente a frente. Los asientos eran de cuero negro, los cristales tintados. Tenía pequeñas luces de color rosa en el techo, lo que le daba un color como

sacado de una película romántica o, según Paul, de un puticlub.

Laura no podía disimular su excitación pese al ambiente tenso con Paul. Su mente se estaba haciendo a la idea de la noche de placer que iba a disfrutar. No dudaba de lo bueno que sería en la cama, pero quería comprobarlo por sí misma. Aquellos pensamientos la excitaban sin embargo, al mirar a Paul, se sentía incómoda por tenerlos.

Paul se sirvió una copa y luego le pasó la botella a Laura, sin decirle nada. Laura agarró la botella y bebió de ella. La espuma empezó a salir y tuvo que apartarla para no manchar los asientos de cuero. Miró a su novio, pero seguía con la misma cara seria del principio. Sin embargo, Paul estaba tan inmerso en sus pensamientos que ni se percató de que a Laura, le afectaba la expresión de su cara. Realmente en lo que él estaba absorto era en averiguar qué demonios le atraía de Alexander; para aprender de él y conseguir que ella sintiera lo mismo por él.

“¿Quieres echarte atrás?” dijo Laura para intentar romper el hielo. Ya no soportaba el cargo de conciencia. Si él realmente quería acabar con aquello, ella lo haría. Pero lo que ella no podía evitar es que Alexander le interesara.

Al escucharla, Paul se dio cuenta de que durante los últimos veinte minutos había estado ignorando por completo a Laura, que ya se había bebido toda la botella de champán. Por todo el alcohol que había tomado, Laura le saltó encima, se abrió de piernas y comenzó a montarlo. Lo besó en la boca – el champán pasaba de una boca a otra, y ella lo besaba a la fuerza.

Paul mostró su rechazo al repentino calentón de su novia y le apartó la cara. Laura quedó en el suelo, de rodillas y a punto de echarse a llorar. Con ternura, le apartó el pelo de la cara y sonrió. Se dio cuenta de que aún sentía algo por él – de lo contrario, ahora no estaría de aquella manera; ella sentía que debía pasar por eso y, tras darle un tierno beso en los labios, Paul dijo:

“Por supuesto que no.” La verdad es que no sabía si realmente eso era así pero, sabía que sus palabras la ayudarían para hacer lo que quería, sin remordimientos.

Ya se estaban impacientando. El trayecto en limusina había durado más de una hora y aún no habían

escuchado decir ni una palabra a los dos hombres que iban en la parte delantera. Laura estaba más tranquila ahora que estaba acurrucada junto a su novio, con la cabeza apoyada en su hombro y su brazo rodeando el suyo. Pero a Paul ya se le estaba pasando de todo por la cabeza – ¿Y si era algún tipo de secta? ¿Y si estaban en peligro? Siempre había sido el que más vueltas le daba a todo y en esa ocasión, más. Se acercó a la parte delantera y dio un golpecito en la ventanilla tintada para preguntarle a los hombres qué estaba pasando.

“Llevamos más de una hora aquí, ¿ocurre algo?”

Cuando iba a volver a tocar en la ventanilla, el cristal empezó a bajarse y Paul casi golpea al hombre que tenía en frente. El hombre llevaba ahora una máscara puesta, como las que se suelen llevar en los bailes de mácaras. Paul volvió a preguntar qué estaba pasando y, al final, obtuvo respuesta:

“Deberían ponerse esto, Alexander quiere esta noche más jueguecitos que de costumbre.” Y dijo esto ofreciéndoles las dos máscaras para que se las pusieran. Una blanca y otra negra. Inmediatamente, Laura cogió la negra, que iba más a juego con su vestido. A Paul le dejó la blanca.

Casi al momento, el coche se detuvo, las puertas se desbloquearon y la pareja pudo salir del vehículo.

Estaban en medio de ninguna parte. Era una mansión al final de un camino, en medio del bosque. Laura lo miraba todo con asombro pero Paul continuaba desconfiando. Todo aquello parecía sacado de una novela de ficción. Algo tan irreal, que Laura, con la emoción, se dirigió a la puerta sin esperar por su novio.

Entró en una sala llena de gente con máscaras blancas y negras, un suelo que simulaba un tablero de ajedrez, cortinas rojas en las puertas y una luz tenue y elegante que daba a todo el salón. El mismo tono rosado de la limusina. Había música clásica de fondo y se oían sonidos de risas y gemidos que venían de alguna parte. Laura enseguida captó ese sonido de gozo.

Paul entró despacio en el salón. Inmediatamente, las puertas se cerraron tras de sí. Todos estaban emparejados. Un miembro de la pareja llevaba la mascara de color blanco, y el otro la negra. Era

evidente que era un lugar para gente de clase, en donde solo aceptaban a gente importante. Laura no tenía ni idea de que entre esa gente enmascarada había politicos, famosos y ministros; por eso las máscaras eran tan importantes. Era un capricho del que disfrutaban en secreto, en aquel lugar y del que no se hablaba una vez fuera. Cada fin de semana, sin excepción, se reunían allí.

Dos escaleras de caracol llevaban al piso de arriba, en donde había varios hombres mirando lo que sucedía abajo. Uno de ellos alzó la copa que sujetaba en la mano y, automáticamente, todos los allí presentes guardaron silencio. Tan solo podían escucharse gemidos, a lo lejos.

“Bienvenidos al aniversario número trescientos de nuestra mansión. Esta es una noche muy especial porque celebramos nuestro particular secreto, y también, porque tenemos que darle la bienvenida a nuestros nuevos invitados.” De pronto, todas las miradas se posaron sobre Laura y Paul que ahora no se separaban. No podían apartar los ojos del hombre que estaba hablando, a pesar de que parecía modular su voz, haciéndola más grave. Los demás hacían algo parecido. Nadie quería ser reconocido.

“Recordad, nada de nombres, tan solo gozad y que estas reuniones duren para siempre.” Los temores de Paul sobre aquella presunta secta, parecían ir tomando forma; estaba a punto de agarrar a Laura por el brazo y sacarla de allí pero Laura estaba muy ocupada fijándose en el hombre del discurso. Inmediatamente supo quién era, su corazón latía con fuerza y le costaba respirar. Alexander bajó por aquellas escaleras y rápidamente se acercó a la pareja. Sujetó a Laura de la mano y se la llevó a una de las muchas habitaciones de aquel lugar. Paul los siguió como un cachorrillo perdido, sin saber qué decir ni qué hacer. Cuando llegaron a una especie de estudio, Alexander cerró la puerta y se quitó la máscara.

“Lamento toda la parafernalia. Pero a toda esta gente le encanta. No te puedes imaginar cuánto pueden llegar a pagar por venir.” Ahora parecía más informal, más como era él, el Alexander que Laura deseaba.

“¿Qué significa todo esto?” Paul no entendía nada; estaba más que confuso. Todo aquel lugar estaba

diseñado para dar rienda suelta a todas las fantasías sexuales. Era un lugar para la lujuria y el placer. Iba mucho más allá de lo que se había imaginado. Estaba asustado y preocupado por Laura, que parecía estar disfrutándolo demasiado para su gusto.

“Seguramente ahora os parecerá algo irreal pero, os prometo que no es un lugar siniestro. Digamos que es un club social en donde la gente de clase alta se reúne para charlar y beber y, si les apetece hacer algo más, son libres de ir a uno de los dormitorios. La gente sigue viniendo porque los ayuda a olvidarse del estrés del día a día. “¿Entendéis?” Laura se sintió como si estuviera en una de sus clases. Asentía, lo miraba a sus profundos ojos negros y se mordía el labio inferior, al escucharlo hablar así.

Alexander intentó calmar a Paul, que estaba de los nervios desde el trayecto en la limusina. Los tres se quitaron las máscaras y estuvieron charlando un buen rato en el estudio. Hablaron de aquel lugar, sobre cómo fue creado y a quién pertenecía. Alexander simplemente era el portavoz. Los propietarios del edificio eran hombres de negocios que buscaban sacar una buena tajada con aquel negocio. Ya había montada una cadena por todo el país. A medida que Alexander les iba contando todo sobre aquel lugar, Paul se iba sintiendo mejor. Estaba sentado en un sofá de piel roja, con una copa de vino en la mano. Estuvo ahí durante diez minutos hasta que se levantó. Ya estaba listo para que pasara lo que tuviera que pasar.

De pronto la puerta se abrió y Alexander se apresuró a ponerse la máscara. Una chica rubia entró sonriendo con una copa en la mano. Alexander suspiró aliviado y se volvió a quitar la máscara. Alexander la saludó agarrándole el trasero y la besó, metiéndole la lengua hasta el fondo. Era “Conejito”, la rubia del restaurante, con una falda aún más corta que la que llevaba puesta antes. Laura sabía que no llevaba nada debajo. Alexander no se cortó al meterle mano delante de ellos.

“Te he estado buscando.” Parecía que se dirigía a Paul. Éste se levantó nervioso del sofá. Miró a Laura, que estaba deseando que Paul se marchara, para poder estar a solas con Alexander. Hizo un gesto de aprobación hacia Paul, y se fueron de la habitación.

Se pusieron las máscaras, y fueron a explorar el lugar– había muchas habitaciones temáticas y "conejito" sabía perfectamente a donde quería ir con Paul. No tardó en demostrarle lo que quería.
Tanto Laura como Alexander estuvieron un buen rato de risas. Ese era el momento que había estado esperando durante tanto tiempo, y su corazón estaba descontrolado. Todo su cuerpo le estaba pidiendo a gritos que se lanzara sobre él. Puede que él fuse su profesor fuera de aquel lugar, pero allí todo sucedía para escapar de la realidad. Se atrevió a hacer un primer movimiento. Se acercó a él y lo besó en los labios. Ya todo le daba igual. Lo deseaba y ahora no se iba a contener.
Sus labios sabían a whisky. Su piel, a tabaco. Y el bulto bajo su pantalón era aún más grande de lo que ella había imaginado. Él la agarró firmemente y la puso contra la pared. Ella lo había puesto cachondo dando el primer paso pero, él la enseñaría quién tenía el control. La sujetó fuertemente del pelo mientras recorría su cuello con los labios. Comenzaba a jadear. Había estado esperando aquel momento durante años. Su. mano comenzó a subir por sus piernas. Se sorprendió cuando vio que no llevaba bragas; Conejito le había servido de inspiración y decidió hacer lo mismo que ella.
Justo cuando empezó a sentir como él le metía los gruesos y ásperos dedos en su interior, paró en seco y le susurró al oído.
"Vayamos a dar una vuelta?" No entendía por qué había parado, pero tampoco le iba a decir que no; ambos se pusieron las máscaras y él la llevó por un laberinto de pasillos.
Mientras iban pasando por las habitaciones, Laura se fijaba en algunas cosas. Vio a un hombre de espaldas contra la pared y una mujer fustigándolo en el trasero. Pedía a gritos más y más. Ella lo insultaba pero, a él parecía gustarle; Laura pronto se dio cuenta que aquel lugar tenía cabida para todo tipo de gustos y comenzó a sentir curiosidad sobre el lugar al que la llevaría.
En otra habitación vio a dos mujeres que hacían gozar a un chico joven. Estaba tumbado boca arriba con una chica sentada en su cara y la otra chupándosela. Se le podia escuchar gemir, a pesar de que se lo estaba comiendo a la chica que tenía encima. Ella también parecía estar gozando.
La puerta estaba abierta de par en para que todo aquel que ,quisiera pasar podia hacerlo. En

realidad, casi todas las puertas estaban abiertas. Se suponía que era un lugar para que todos disfrutaran sin ser juzgados.
Había gente paseando por los dormitorios con una copa en la mano, charlando. Hasta que de pronto, alguien aparecía y les metía la lengua hasta el fondo sin previo aviso. Era un lugar de absoluta libertad y lujuria. La primera vez que se sintió atraída por su profesor, nunca imaginó que acabaría en un lugar como aquel. Era algo surrealista pero, sin duda, también era lo más emocionante que le había pasado en la vida y estaba dispuesta a disfrutarlo a tope. Por fin, Alexander entró en una habitación oscura, de luz muy tenue y paredes aterciopeladas. Estaba toda enmoquetada. El techo estaba lleno de minúsculas lucecitas cuya luz se reflejaba en el terciopelo rojo, iluminando la habitación. Había juguetitos por el suelo y un colchón en medio. Laura miraba con asombro los juguetes, por el enorme tamaño de algunos de ellos. No se podía imaginar lo que le tenía preparado Alexander pero, jamás se le pasó por la mete aquello. Ahora estaba segura de que jamás olvidaría aquella noche.
Por fin, había llegado el momento que había deseado durante tanto tiempo. De un empujón, la arrojó sobre el colchón. Se metió entre sus piernas y al arrancarle el vestidito rojo, vio lo mojadita que ella estaba ya. Aún así, Alexander miró su orificio y escupió en él, restregando la saliva con los dedos, haciendo que Laura gimiera de gusto. Era un tipo sucio y salvaje en la cama y quería ver a Laura suplicar. Él tenía el control y ella nunca lo tendría.
Él seguía jugueteando con los dedos de una mano dentro de ella y con la otra arañaba su pierna. Ella intentaba doblarse para besarle pero él se alejó para tirar con más fuerza de su vestido, hasta arrancarlo. Finalmente, todo lo que quedó de aquel vestido fue un despojo de tela roja tirado sobre el colchón. Estaba desnuda. Sin sujetador, sin tanga…Solamente con sus erectos pezones que estaban deseosos por ser lamidos. Así es como ella se lo había imaginado exactamente.
Clavó sus dientes en la delicada piel del pecho de Laura. Ella permanecía allí, extasiada, con las manos agarradas al colchón. Su corazón latía muy aprisa. Con la lengua los lamía, con la boca los

chupaba y, al alejarse de ellos para mirarla a la cara, un hilo de saliva se le escapaba. Le encantaba verla gemir de puro placer. Alexander siempre se había sentido atraído por ella. Deseaba arrancarle la falda y montárselo allí mismo, frente a toda la clase. Quería hacerla gritar de placer y suplicar más. Se le ponía dura con pensarlo. Su miembro palpitaba al mirarla a los ojos. Mientras recorría su cuello con la lengua, con las manos sujetaba sus pechos y con los dedos le retorcía suavemente los pezones.

Laura no solo disfrutaba de todo lo que le estaba haciendo sino que, además, a su mente venían escenas de su sueño, en las que Alexander se la follaba. Apretaba los ojos con fuerza al sentir como él deslizaba sus manos hacia abajo y la abría de piernas aún más.

Elevó sus piernas haciendo que quedara arqueada en el colchón. Las rodillas apoyadas sobre los hombros de Alex. Se le entrecortaba el aire al ver como él iba acercando su cabeza. Abrió los ojos solo un momento. Prefería disfrutarlo con los ojos cerrados. El hombre que había sido su profesor durante todo un curso, ahora quería hacerle un examen individual. Él no perdió tiempo en meter la lengua directamente dentro y sacarla para juguetear con ella. Sentía como le temblaban los muslos. El hombre mayor demostraba tener mucha experiencia en trabajarse a chicas jóvenes como Laura, y no iba a parar hasta que Laura derramara la última gota.

Su lengua se movía dentro de ella como una culebra. Se restregaba, se intentaba colar en el interior. Ella estaba eufórica. Laura agitaba los brazos. No se podia contener. Estaba totalmente a su merced. Su respiración se iba acelerando cada vez más. Los muslos le temblaban alrededor de la cara de Alexander y sentía el momento del clímax acercarse.

Estaba a punto de volverse loca de pasión y no se iba a contener.

Comenzó a gritar su nombre, una y otra vez para que Álex. Le gritaba que siguiera comiéndola, devorando cada centímetro de su orificio. Al fin, explotó. Se corrió de gusto en la boca de Alexander. Él mientras, lamía toda su corrida. Al apartarse, Laura se fijó en que tenía toda la boca cubierta de sus fluidos. Ella, empapada, temblando. Era el mejor sexo que había tenido nunca, y aún

no había terminado.

Cuando Laura aún estaba temblando de placer, él la volteó y la puso boca abajo. De pronto, un grito desgarrador al sentir como Alexander la estaba penetrando con un objeto ancho y largo, que se deslizaba por su interior, que aún estaba dolorido. Él había empleado uno de los juguetitos del suelo. Laura aún sentía dolorido su orificio pero, pronto el dolor dio paso a un placer inmenso cuando Alex le metía aquel artilugio vibratorio y con los dedos le estimulaba su otro orificio – el que tenía más cerrado. Con el que nunca nadie había jugado.

Alexander volvió a escupirla de nuevo, pero esta vez en el trasero. _Estregaba su saliva con los dedos en su tenso agujerito. Laura se esforzaba por mantener el vibrador dentro, pero ya no podría aguantar más en aquella posición ya que le empezaba a doler el brazo. Dejó caer el brazo y, con él, el vibrador. Alexander lo recogió del suelo. Se lo volvió a meter, hasta el fondo. Y a Laura se le llenaban los ojos de lágrimas porque aquel juguete era demasiado para ella. Le gritó a Alex que lo hiciera con más suavidad. Él no le hizo ni caso. Quería ver hasta donde era capaz de llegar. La volteo de nuevo, y con la mano le retiró el cabello de la cara, dándole aquel beso que ella había estado deseando.

“¿Quieres más?” le susurró al oído. Sus palabras la intoxicaban. Él veía lo agotada que estaba pero aquello era solo el calentamiento para él. Laura, que no quería llevarle la contraria a su professor, tan solo asintió con la cabeza. Se tomó unos seguntos para recobrar el aliento. Se volvió a dar media vuelta y se puso a cuatro patas, mostrándole su trasero en pompa.

Ella no sabía cuánto tiempo más podría aguantar con esos juguetitos– algunos eran demasiado grandes para ella. Quería descansar pero, quizás si paraba ahora estropearía aquel momento. Estaba decidida a llegar al final, sin importarle que estuviera empapada en sudor.

“Fóllame.” Gritó. Ya no quería juegos. Le dolía el cuerpo, le temblaban las piernas y pequeñas gotitas de sudor le caían por el cuello. Ahora quería lo que había estado deseando durante tanto tiempo.– lo quería dentro de ella.

El hombre estaba disfrutando de lo lindo y veía como ella también lo hacía. Veía cuánto lo deseaba y la recompensaría por ello. Laura sintió escalofríos por la espalda al oír el sonido de su cremallera. Respiró hondo para prepararse. Sintió la punta de su erecta polla introduciéndose por su exhausto y húmedo agujero. Se frotaba contra ella, empujándola cada vez más adentro. Laura comenzó a jadear inmediatamente. Ya la tenía toda dentro. Ella gritaba. La agarró con fuerza por las caderas y la embistió.

La embestía una y otra vez y ella solo gritaba que deseaba más y más. Ahora no podia parar. Por fin se estaba cumpliendo su sueño. Era mejor que en su sueño. Le clavaba las uñas en su delicada piel, la azotaba tan fuerte que su piel estaba enrojecida. Le ardía. Le dolía. Pero también le gustaba. Le gritaba que le diera más fuerte. Y él se limitó a hacerle caso.

Alexander sentía como le palpitaba su miembro dentro de aquel húmedo y resbaladizo agujero. Sabía que estaba a punto de correrse pero, no tenía pensado hacerlo hasta que ella no estuviera apunto también. Afortunadamente el cuerpo de Laura se estaba preparando también para aquel momento. Sus gemidos, el sudor, sus fluidos, toda ella. No tardaría mucho. Sintió como se acercaba a la segunda oleada de euforia entre sus piernas. Alexander la cogía por las caderas, elevándola mientras él se la metía con fuerza toda dentro.

Cuando Alexander sintió como los fluidos de Laura rebosaban, inmediatamente con un gruñido de éxtasis, la llenó de su cálida y espesa leche. La dejó tan llena de su esencia que todo comenzó a caer por las piernas de Laura. Rápidamente, Alexander se apartó de Laura y la dejó allí jadeando y recuperando el aliento. Se besaron. Laura por fin había conseguido lo que quería; por fin había probado al hombre que deseaba y se había dado cuenta que era mejor de lo que creía.

Se oían sonidos de gemidos, de risas que venían de otras habitaciones. Paul tenía a la chica rubia de rodillas. Tenía su polla entera metida en la boca. Se la trabajaba bien con la boca. Se la metía toda y luego la sacaba y lamía la punta. Tenía mucha práctica. Paul se dio cuenta de que, como no estaba con Laura, podia fingir ser otra persona. Le daba igual lo que aquella chica pensara de él. Nunca la

volvería a ver. Esto le hizo sentir más seguro de sí mismo.

"Quiero correrme en tu cara." Frotó la polla contra los labios de la chica. Ella obedecía con mucho gusto. Había estado chupándosela durane veinte minutos y ya estaba a puntto de explotar.

Sin previo aviso, chorros de su cremosa leche, caliente y espesa, le llenaron la cara. Ella se relamía y gemía. Nunca había tenido una corrida así. Pero ahora ya solo pensaba en volver con Laura. Sabía que ella ya habría cumplido sus fantasías. Sin decir nada, se subió los pantalones y salió de la habitación, dejando a la chica con toda la cara llena de leche y tan cachonda que tuvo que acabar por sí misma con aquel calentón.

Tanto Laura como Paul habían pasado un buen rato en aquella mansión. Habían usado a otras personas para encontrar el placer. Habían dado rienda suelta a sus deseos y ahora, lo único que deseaban era volver junto al otro. Se sentó en uno de los escalones de la escalera de caracol y esperó a Laura. No se sentía culpable por lo que había pasado con la rubia, pero sí sentía que ya no era el mismo. Lo que había hecho con ella nunca lo había hecho con nadie. Y a una parte de él le había gustado– pensó que quizás esa actitud dominante en la cama le podría gustar a Laura. Al final, aquella experiencia había resultado ser mejor de lo que él creía; de hecho, había aprendido alguna cosilla de ella.

Enseguida apareció Laura. Se iba sujetando el vestido rojo, como si fuera una toalla. Alexander parecía no haber quedado satisfecho del todo y había seguido recorriendo otras habitaciones de la inmensa mansión, haciendo felices a más mujeres.

Habiendo hecho realidad su sueño, sobraban las palabras. Simplemente le extendió la mano a su novio que, por otra parte, no le sorprendía nada verla así y juntos emprendieron la vuelta a casa. Habían llegado a la mansión con muchas dudas pero, ahora sabían que superarían cualquier situación, por rara que fuera.

No hablaron del tema y tampoco era necesario. Abandonaron el hotel a primera hora. Volvieron a casa y se quedaron en la cama, cogidos de la mano hasta el domingo. Laura se levantó temprano,

tenía que terminar el trabajo – un libro llamado tentación que Alexander les había mandado para el fin de semana. Antes de aquella noche se habría olvidado de que aquel hombre era su profesor pero ahora, tras haber hecho realidad su fantasía, veía todo con mucha más claridad. No es que ya no se sintiera atraída por él sino que, ya había dejado de ser una obsesión.

Pasaban las horas y ella estaba ahí, frente a su portátil, reviviendo cada segundo en aquella mansión. Escribió, en tono de ficción, como una mujer sentía una irrefrenable atracción por su profesor y como él se la había follado de manera bestial y ella seguía queriendo más. Recordaba hasta el ultimo detalle. Ni añadía, ni quitaba nada de lo que allí había sucedido. Tan solo modificó los nombres y la localización de la mansión. Laura fue capaz de escribir un relato corto más que aceptable acerca de su atracción. Al final encontró la respuesta a su enfermiza atracción hacia Alexander. La verdadera razón era que él simbolizaba precisamente eso, una tentación. Sin embargo, al haber sucumbido ya a ella, ya podia seguir adelante con su vida. Una vida que no se imaginaba alejada de Paul. No lo cambiaría por nadie. Lo vivido en el club fue divertido. Lo fue precisamente, porque era algo nuevo, diferente. Y ninguno de los dos tenía la menor intención de convertirse en un miembro habitual.

Lo que quedaba del fin de semana se le pasó volando y, para compensar el hecho de que habían pasado la noche anterior con otro, Paul y Laura prepararon una cena especial. Ella ya había terminado el libro y él tenía una sola pregunta que hacerle, aunque quizás era tarde, pero ahora era el momento.

Paul había hecho todo aquello por ella. Al terminar de cenar, se arrodilló y le prometió que siempre estaría a su lado, incluso si ella quería continuar asistiendo a la mansión. Laura aceptó sin dudarlo un segundo; no fue precisamente una declaración de cuento pero, para Laura fue perfecta.

Ambos habían aprendido algunas habilidades durante aquel movidito fin de semana. Se sentían más seguros de sí mismos. Laura ya no dudaba de que nunca se cansaría de Paul. Pasaron toda la noche en el dormitorio. Paul se esforzó por demostrarle su nueva faceta recién adquirida. La inclinó hacia delante y la azotó tan fuerte como lo había hecho Alexander. Por su parte, Laura gimió igual que lo

había hecho con su profesor. La forma en que él la había hecho disfrutar aquella noche, le daba la seguridad de que él era todo lo que ella deseaba.

La noche dio paso al día. Y Laura se preparó para un encuentro incómodo. Volvió al mundo real. A la rutina. Se duchó, se vistió, se puso un abrigo azul que se ajustaba a su cintura y una faldita negra que dejaba ver sus muslos cuando el viento la agitaba. Cogió los libros y se los pegó al pecho. Ahora un brillante anillo de pedida iba a ser su complemento habitual. Estaba lista para enfrentarse a otro lunes en la facultad; Se despidió de Paul con un beso antes de dirigirse a presentar su trabajo.

Laura volvía a estar en la misma aula donde todo había empezado. Pero esta vez su corazón no parecía querer salírsele del pecho. Estaba tranquila y se sentó en la parte delantera de la clase.

Prestó atención a todo cuanto él decía. El hombre tenía su vista clavada en ella. Estaba reviviendo el momento en que fue toda suya. Incluso puso como ejemplo que la tentación puede estar justo frente a nosotros, sin que nos demos cuenta. Al escuchar esto, Laura no pudo evitar sonreír para sus adentros.

Cuando todo el mundo estaba saliendo, Laura entregó su trabajo. Se habían quedado solos en el aula y Alexander aprovechó para proponerle algo.

"¿Paul y tú llegastéis bien a casa?" Estaba hablando por hablar. No sabía muy bien cómo iba a reaccionar Laura a lo que había pasado el fin de semana. Ella se sentía bien. Mucho más que bien.

Ahora que su fantasia se había hecho realidad, sentía que se había quitado un peso de encima. Ya la atormentaba. Seguía sintiéndose atraída por aquel hombre pero ya no era algo que se le escapaba de las manos. Ahora ella tenía el control de sus emociones.

Laura asintió y le entregó su trabajo. Alexander lo recogió y al ver que en una de las primeras líneas estaba escrita la palabra "mansión", en seguida supo cómo sería su argumento. Se moría de ganas por leer aquello y revivir los deliciosos momentos que vivió con su joven alumna

Alexander se fijó en el anillo de compromiso que Laura llevaba.

"Enhorabuena." A Laura le chocó que, después de todo lo vivido, él la felicitara. Sin embargo, pronto recordó que la mayoría de la gente que iba a la mansión estaba casada, algunos tenía hijos

pero, como eso ocurría dentro de la mansión, no contaba.

“Gracias.” Como ya no había mucho más que decir, Laura se despidió con un “hasta mañana”. Pero, antes de marcharse, Alexander la detuvo y le dio una tarjeta. Ella la cogió y la miró. Era un carnet de miembro para una pareja.

“Si te apetece verme fuera de aquí, no dudes en asistir.” Con ese carnet Laura podría seguir con su vida y, cuando le apeteciera sucumbir a la pasión, podrían hacerlo. Lo único que no le hacía gracia es que Paul también vería a la zorra rubia.

Unos meses después…

Laura entró en el aula. Tomó asiento y esperó a Alexander. Nunca antes había llegado tarde. La gente comenzaba a impacientarse. Les gustaba las clases de Alexander. Sin embargo, el hombre que apareció no era él.

Moreno, de ojos azules, alto y con una sonrisa perfecta.

“Sustituiré a Alexander este curso. Sé que os encanta el señor Harmon pero en estos momentos está de vacaciones en el Caribe y se lo está pasando tan bien que dice que se quedará allí una temporada, a pesar de las peticiones de la universidad. A Laura le pareció encantador el acento irlandés de aquel hombre.

Lo miraba mientras daba la clase. De pronto, su corazón empezó a acelerarse y su mente la llevó a un lugar en donde estaban ellos dos, a solas. Se fijó en que de su bolsillo superior, donde se suelen guardar los bolígrafos, asomaba una pequeña tarjeta blanca que era para miembros de un club exclusivo. Ya fue cuando Laura se dio cuenta de que su libro llamado “tentación” tendría una secuela.

Libros recomendados.

Compartida por 5 extraños

Julia abrió la boca para intentar hablar, pero fue incapaz de articular ningún sonido, sólo apareció un hilillo de la leche que ocupaba toda su garganta. Se deslizó por sus labios para acabar formando una

especie de charco en el suelo, como si estuviera vomitando semen. Su cara estaba empapada entre las corridas de toda la noche y el sudor, y sus tetas no se quedaban atrás. Estaba en trance, como si lo único que existiera en la vida fuese follar, como si todos los recuerdos anteriores a esta orgía hubieran sido un sueño y lo único real fuese sentir su cuerpo penetrado una y otra vez por un montón de pollas duras.

Sobre el Autor: Lia Marsh

Muchas gracias por leer mi relato, espero que te haya gustado. Recuerda que puedes subscribirte a mi newsletter para recibir de primera mano y cómodamente en tu email los detalles mis futuros relatos así como sus respectivas fechas de publicación.

http://eepurl.com/Es9xb

Document Outline